

Capítulo uno

Un plan de acción

Por todas partes se oía el rumor del agua. En unos lugares no era más que un débil murmullo que solo se oía gracias al profundo silencio que reinaba; en otros, un fragor misterioso, lejano, algo así como la voz de un gigante que hablara consigo mismo en las entrañas de la tierra. Pero había también lugares en los que se precipitaba clara, estruendosamente; lugares donde, a la luz de las lámparas de petróleo, se podía ver cómo el torrente descendía tumultuosamente por un cauce rocoso o caía en cascada desde un escarpado alto de piedra. Y lugares donde el agua estaba en calma, formando extensiones negras y alargadas, en las que el ruido se acallaba, convirtiéndose en un goteo monótono... incesante desde hacía siglos, y que así seguiría durante muchos siglos más.

Me relevaron de la guardia para que acudiera a la conferencia, y así atravesé los túneles escasamente iluminados, tarde y a solas. Aquí se entremezclaba la labor de la naturaleza con el trabajo del hombre. Las convulsiones de la tierra y la acción de ríos desaparecidos hace muchos años habían excavado estas cavernas y canales en las montañas de piedra caliza, pero los antiguos también habían dejado su huella. Aquí estuvieron los hombres en el pasado, alisando suelos desnivelados, ensanchando grietas estrechas, clavando barandillas en piedra artificial para ayuda y guía del viajero. Había también unos cables largos que parecían cuerdas, y que antaño transportaban una energía llamada electricidad, que encendía unos globos de vidrio a lo largo del camino. Larguirucho me dijo que nuestros sabios habían vuelto a descubrir cómo se hacía esto, pero precisaban unos recursos de los que no podían disponer aquí, ni tal vez pudieran mientras los hombres se vieran obligados a ocultarse como ratas en los oscuros rincones de un mundo gobernado por los Trípodes, esos enormes monstruos metálicos que recorrían la superficie de la Tierra dando zancadas con sus tres patas gigantescas.

Ya he relatado cómo dejé mi pueblo natal, a instancias de un hombre muy raro que se daba a sí mismo el nombre de Ozymandias. Esto sucedió el verano que hubiera debido ser el último antes de que me presentaran para la Ceremonia de la Placa. Durante la misma, a los chicos y chicas que ese año cumplían catorce años los conducían al interior de un Trípode y más tarde volvían llevando la placa (una malla de metal íntimamente encajada en el cráneo que convertía a quien la llevaba en alguien totalmente sumiso a nuestros gobernantes extranjeros). Siempre ocurría que las mentes de unos pocos quedaban destruidas como consecuencia de la tensión a que los sometía la inserción de la placa; estos se transformaban en vagabundos, hombres incapacitados para desarrollar un pensamiento normal, que erraban de lugar en lugar sin ningún objetivo. Ozymandias se hacía pasar por uno de ellos. En realidad su misión consistía en reclutar gente dispuesta a luchar contra los Trípodes.

Así hice —junto con mi primo Henry, que vivía también en mi pueblo, y más tarde con Larguirucho—, un largo viaje hacia el sur. (El nombre

verdadero de este último era Jean Paul, pero le apodamos Larguirucho por ser tan alto y delgado). Por fin llegamos a las Montañas Blancas, donde hallamos la colonia de hombres libres de la que había hablado Ozymandias. Desde allí, al año siguiente, enviaron a tres de nosotros para que penetráramos como punta de lanza en la ciudad de los Trípodes y averiguáramos sobre ellos cuanto pudiéramos. No éramos, sin embargo, los tres de antes. Henry se quedó atrás, y en su lugar teníamos a Fritz, oriundo del país de los alemanes, en el cual se hallaba la Ciudad. El y yo nos introdujimos en la Ciudad, servimos en calidad de esclavos de los amos (criaturas reptiles y monstruosas, con tres piernas y tres ojos, procedentes de una estrella lejana) y averiguamos algo sobre su naturaleza y sus planes. Pero solo yo logré escapar, zambulléndome en el desagüe de la Ciudad, que daba a un río, donde me rescató Larguirucho. Estuvimos aguardando, con la esperanza de que Fritz lograra hacer lo mismo, hasta que, por causa de la nieve y la inminente presencia del invierno, nos vimos obligados a regresar, apesadumbrados, a las Montañas Blancas.

Cuando llegamos nos encontramos con que la colonia se había trasladado. Esto era resultado de una prudente decisión de Julius, nuestro líder. Había previsto la posibilidad de que el enemigo nos desenmascarara y, una vez atrapados e indefensos, explorara nuestras mentes. De modo que, sin decirnos nada, habían elaborado un plan para evacuar el Túnel de las Montañas Blancas, dejando tan solo a unos pocos vigías aguardando nuestro anhelado regreso. Los vigías nos descubrieron a Larguirucho y a mí cuando contemplábamos tristemente la fortaleza abandonada, y nos condujeron al nuevo cuartel general.

Este se encontraba lejos, hacia el este, en terreno más de colinas que montañoso. Era una tierra de valles estrechos, flanqueados por cerros estériles, en su mayor parte cubiertos de pinos. Los que llevaban placa ocupaban el fondo de los valles, nosotros las lomas. Vivíamos en una serie de cuevas que discurrían tortuosamente entre las alturas, a lo largo de numerosas millas. Afortunadamente había varias entradas. Teníamos centinelas en todas ellas y un plan de evacuación en caso de ataque.

Pero hasta ahora todo estaba en calma. Hacíamos incursiones entre los que llevaban la placa para procurarnos alimentos, pero teníamos cuidado de que las partidas que efectuaban estas exploraciones se alejaran mucho de la casa antes de dar el golpe.

Ahora Julius había convocado una conferencia y a mí, como única persona que había visto el interior de la Ciudad —y visto a un amo cara a cara—, se me había relevado de la guardia para que pudiera asistir.

En la cueva donde se celebraba la conferencia, el techo se arqueaba conformando una oscuridad impenetrable para nuestras lámparas: nos hallábamos sentados bajo un cono de noche en cuyo seno jamás brillaban las estrellas. Las lámparas parpadeaban en las paredes, y había más sobre la mesa tras la cual estaban Julius y sus consejeros, sentados en sillas de madera toscamente talladas. Cuando me acerqué, Julius se puso en pie para saludarme, pese a que cualquier movimiento físico le causaba molestias, cuando no dolor. De niño quedó lisiado por una caída y ya era un anciano de

pelo cano, aunque con las mejillas curtidas como consecuencia de los largos años que había pasado en medio de la atmósfera luminosa y enrarecida de las Montañas Blancas.

—Ven y siéntate a mi lado, Will —dijo—. En este momento empezábamos.

Larguirucho y yo habíamos llegado hacía un mes. Inmediatamente les dije a Julius y a los demás miembros del Consejo todo lo que sabía e hice entrega de las muestras del venenoso aire verde de los amos y del agua de la Ciudad que había logrado traer conmigo. Yo esperaba una rápida actuación de alguna índole, aunque no sabía cuál. Había de ser, pensaba yo, rápida. Una cosa que pude decirles fue que una gran nave se hallaba en camino a través del espacio, procedente del mundo originario de los amos, transportando máquinas que transformarían la atmósfera de nuestra Tierra en un aire apto para que ellos lo respiraran con naturalidad, de modo que no tendrían que permanecer en el interior de las cúpulas protectoras de las ciudades. Los hombres y todas las demás criaturas nacidas en nuestro planeta perecerían cuando

espesara la asfixiante neblina verde. Mi propio amo había dicho que llegaría dentro de cuatro años, y que entonces se instalarían las máquinas. Quedaba poquísimo tiempo.

Era como si Julius se estuviera dirigiendo a mí, respondiendo a mis dudas. Dijo:

—Muchos de vosotros estáis impacientes, lo sé. Es bueno que lo estéis. Todos sabemos lo tremenda que es la tarea que nos aguarda, su urgencia. No hay excusa para que se demore innecesariamente la acción, para que se desperdicie el tiempo. Cada día, cada hora, cada minuto cuentan.

»Pero hay otra cosa que cuenta tanto o más; se trata de la prudencia. Precisamente porque los acontecimientos nos apremian tanto hemos de pensarlo mucho antes de actuar. No podemos permitirnos demasiados movimientos en falso; tal vez no nos podamos permitir ninguno. Por consiguiente, nuestro Consejo ha deliberado larga e inquietamente antes de presentarse ante vosotros con sus planes. Ahora os los expondré a grandes rasgos, pero cada uno de vosotros ha de desempeñar un papel individual; este se os comunicará más adelante.

Se detuvo y vio que alguien del semicírculo situado delante de la mesa se había puesto en pie. Julius dijo:

—¿Deseas hablar, Pierre? Más tarde habrá ocasión, ya sabes.

Pierre era miembro del Consejo cuando llegamos por primera vez a las Montañas Blancas. Era un hombre oscuro y difícil. Pocos hombres se enfrentaban a Julius, pero él lo había hecho. Supe que se había opuesto a la expedición a la Ciudad de Oro y Plomo, así como a la decisión de trasladarse desde las Montañas Blancas. Al final había abandonado el Consejo, o lo habían expulsado; era difícil saberlo a ciencia cierta. Procedía del sur de Francia, de las montañas que limitaban con territorio español. Dijo:

—Lo que tengo que decir, Julius, es mejor decirlo al principio que al final.

Julius asintió:

—Dilo, pues.

—Hablas de que el Consejo se presenta ante nosotros con sus planes. Hablas de desempeñar papeles, de hombres a los que se dice lo que han

de hacer. Yo te recordaría, Julius, que no te diriges a hombres que llevan placa, sino a hombres libres. Debieras dirigirte a nosotros preguntando, no dando órdenes. Tú y tus consejeros no sois los únicos capaces de hacer planes para derrotar a los Trípodes. Hay otros no exentos de sabiduría. Todos los hombres libres son iguales y tienen derecho a la igualdad. Lo exige, además de la justicia, el sentido común.

Dejó de hablar pero siguió en pie, en medio de más de cien personas que se sentaban sobre la roca desnuda. Fuera reinaba el invierno, e incluso estas colinas tenían un manto de nieve, pero, como en el Túnel, nos protegía un grueso manto de roca. Aquí la temperatura no cambiaba jamás, ni con los días ni con las estaciones. Aquí no cambiaba nada.

Julius dejó pasar un momento antes de decir:

—Los hombres libres pueden gobernarse a sí mismos de modos diferentes. Al vivir y al trabajar juntos deben ceder una parte de su libertad. La diferencia entre nosotros y los que tienen Placa es que nosotros la cedemos voluntariamente, de buen grado, por la causa común, mientras que ellos

tienen la mente esclavizada por criaturas extrañas que los tratan como si fueran ganado. Además hay otra diferencia. Consiste en que los hombres libres, cuando ceden algo, lo ceden solo temporalmente. Se hace por consentimiento, no a la fuerza ni con engaños. Y el consentimiento es algo que siempre puede retirarse.

Pierre dijo:

—Hablas de consentimiento, Julius, pero ¿en qué se apoya tu autoridad? En el Consejo. ¿Y quién nombra el Consejo? El mismo Consejo, bajo tu control. ¿Dónde está la libertad?

—Llegará el día —dijo Julius— en que habremos de discutir sobre el modo de gobernarnos. Ese día llegará cuando hayamos destruido a los que gobiernan ahora a la humanidad en todo el mundo. Hasta entonces no podemos permitirnos riñas ni discusiones.

Pierre empezó a decir algo, pero Julius alzó una mano y le hizo callar.

—Ni tampoco podemos permitirnos que haya disensiones ni que se sospeche que las hay. Tal vez valía la pena que dijeras lo que has dicho,

cualquiera que sea el motivo por el que lo has dicho. Entre los hombres libres el consentimiento se otorga y se puede retirar. También puede confirmarse. Así que yo digo: que se ponga en pie todo aquel que cuestione la autoridad del Consejo y su derecho a hablar en nombre de esta comunidad.

Se interrumpió. En la cueva reinaba el silencio, excepción hecha de un pie que rozó el suelo y del lejano e incesante fragor del agua. Aguardamos, atentos por si un segundo hombre se ponía en pie. Nadie lo hizo. Cuando hubo transcurrido el tiempo suficiente, Julius dijo:

—Te falta apoyo, Pierre.

—Hoy. Pero tal vez no mañana.

Julius asintió.

—Haces bien en recordármelo. Entonces voy a pedir otra cosa. Ahora os pido que aprobéis a este Consejo como vuestro gobierno hasta que aquellos que se llaman a sí mismos amos hayan sido totalmente derrotados. —Hizo una pausa—. Los que estén a favor que se levanten.

Esta vez se levantaron todos. Otro hombre, un italiano llamado Marco, dijo:

—Voto por la expulsión de Pierre, por oponerse a la voluntad de la comunidad.

Julius negó con la cabeza.

—No. Nada de expulsiones. Necesitamos a todos los hombres que tenemos, a todos los hombres que podamos conseguir. Pierre cumplirá con su parte lealmente, eso me consta. Escuchad. Os diré qué planeamos. Pero antes quisiera que Will os dijera cómo es el interior de la Ciudad de nuestros enemigos. Habla, Will.

Cuando referí mi historia al Consejo, ellos me pidieron que de momento mantuviera silencio de cara a los demás. Esto no habría resultado fácil en condiciones normales. Soy hablador por naturaleza y tenía la cabeza llena de las maravillas que había visto dentro de la Ciudad (maravillas y horrores). Sin embargo, la dificultad y la incertidumbre del viaje absorbieron mis energías: hubo poco tiempo para pensar. Pero después de llegar a las cuevas fue distinto. En este mundo nocturno, perpetuamente iluminado por luz artificial, donde se oía el eco del silencio, pude pensar, recordar y sentir remordimientos. Descubrí que no tenía ningún deseo de

contar a los demás lo que había visto ni lo que había sucedido.

Ahora que Julius me decía que hablara me sentía confuso. Hablé torpemente, interrumpiéndome y repitiéndome muchas veces, en ocasiones casi incoherentemente. Pero poco a poco, mientras proseguía con mi relato, me fui percatando de lo atentamente que todos lo seguían. Además, al continuar, me sentí transportado por mis recuerdos de aquella época terrible (cómo luchaba bajo el peso intolerable que tenía la poderosa gravedad de los amos, sudando en medio del calor y de la humedad invariables, viendo cómo mis compañeros esclavos se debilitaban y sucumbían al esfuerzo, sabiendo casi con total seguridad que aquel sería también mi destino. Como le ocurrió a Fritz). Más tarde Larguirucho me dijo que hablé apasionadamente y con una soltura que normalmente no poseía. Cuando terminé y me senté se había apoderado de la audiencia un silencio que indicaba cuán profundamente les había afectado el relato.

Entonces Julius volvió a hablar.

—Quería que escucharais a Will por varias razones. Una es que lo que dice es el testimonio de alguien que ha presenciado de hecho las cosas de las que habla. Le habéis oído y sabéis qué quiero decir: lo que os ha descrito lo ha visto. Otra razón es daros ánimos. Los amos están investidos de un poder y una fuerza desmesurados. Han recorrido las distancias inimaginables que separan las estrellas. Sus vidas son tan largas que las nuestras son, comparativamente, como la danza de un insecto sobre un río tumultuoso, que dura un breve día. Y sin embargo... —Hizo una pausa y me miró con una leve sonrisa—. Y sin embargo, Will, un chico normal, no más brillante que la mayoría, alguien insignificante, de poca envergadura, Will ha golpeado a uno de estos monstruos y lo ha visto desplomarse y morir. Tuvo suerte, por supuesto. Tienen un lugar vulnerable a los golpes y él tuvo la suerte de descubrirlo y golpear allí. Ha matado a uno de ellos: el hecho está ahí. No son todopoderosos. Eso nos debe infundir ánimo. Lo que Will logró por suerte, nosotros podemos lograrlo haciendo planes y con una actitud resuelta.

»Esto me lleva al tercer punto, la tercera razón por la que quería que oyeráis el relato de Will. Se trata de que, esencialmente, es la historia de un fracaso. —Me estaba mirando y yo noté que me ruborizaba. El prosiguió pausadamente, sin apresurarse—: El Amo se volvió suspicaz cuando encontró en la habitación de Will las notas que había tomado sobre la Ciudad y sus habitantes. Will no pensó que el amo fuera a entrar en su habitación, donde tendría que ponerse una máscara para poder respirar; pero pensó a la ligera. Después de todo, él sabía que su amo se preocupaba por los esclavos más que la mayoría, y sabía que, antes de su llegada, había dispuesto la instalación de pequeñas comodidades adicionales en la habitación de refugio. Era razonable pensar que podría volver a hacerlo y encontrar el libro con las notas.

Su tono era uniforme, más analítico que crítico, pero resultaba más condenatorio precisamente por eso. Mi vergüenza y mi azoramiento iban en aumento a medida que le escuchaba.

—Will logró, con la ayuda de Fritz, salvar la situación en gran medida. Huyó de la Ciudad y

regresó con una información cuyo valor es incalculable. Pero se hubiera podido ganar aún más. —Su mirada se había posado nuevamente en mí—. Con tiempo para planificar las cosas mejor, Fritz también hubiera vuelto. Le pasó a Will cuanta información pudo sobre lo que había averiguado, pero habría sido mejor si hubiera podido dar su testimonio personalmente. Porque el menor detalle cuenta para la lucha.

Entonces Julius habló del poco tiempo que teníamos; de que la nave ya estaba en camino, dirigiéndose hacia nosotros a través de las lejanas profundidades del espacio; y de la muerte definitiva que acarrearía a todas las cosas terrenales. Y nos dijo lo que había decidido el Consejo.

Lo más importante era multiplicar (por diez, por cien, al final por mil) nuestros esfuerzos por ganarnos a los jóvenes por todo el mundo. Teníamos que formar células de resistencia que a su vez debían crear otras células. El Consejo disponía de mapas y daría instrucciones sobre adónde ir. Debíamos, en particular, intentar establecer grupos de oposición en las cercanías de las otras dos ciu-

dades de los amos (una a miles de millas, hacia el este, por tierra; la otra al oeste, en la orilla opuesta del gran océano). Sería necesario superar problemas de lenguaje. Había otros problemas (de supervivencia, de organización) que a primera vista podrían parecer insuperables. No eran insuperables, porque no debían serlo. No había lugar para el desfallecimiento ni para la desesperación, solamente para la determinación de entregar hasta la última onza de energía y fuerza en aras de la causa.

Este plan, evidentemente, entrañaba el riesgo de alertar a los amos sobre la oposición que se generaba. Cabía la posibilidad de que no se tomaran muchas molestias, pues su proyecto de exterminio estaba muy avanzado. No debíamos tener un cuartel general, sino una docena, un centenar, cada uno de ellos capaz de seguir adelante por sí mismo. El Consejo se dividiría, sus miembros viajarían de un lugar a otro, reuniéndose solo de vez en cuando y con la debida precaución.

Todo esto en lo tocante a la primera parte del plan (la urgente necesidad de movilizar a todas las fuerzas disponibles para la lucha, de efectuar

reconocimientos y establecer colonias cerca de las tres ciudades enemigas). Había otra parte, quizá más importante todavía. Había que idear medios para destruirlas y esto entrañaría mucho trabajo duro y mucha experimentación. Había que establecer una base aparte, pero solo los que estuvieran destinados en ella conocerían su emplazamiento. Ahí se apoyaba nuestra esperanza final. No podíamos arriesgarnos a que la descubrieran los amos.

—Ya os he dicho —indicó Julius— cuanto puedo decir: más adelante recibiréis instrucciones individuales, así como las cosas que podáis necesitar para cumplir con ellas, como por ejemplo, mapas. ¿Hay alguna pregunta o sugerencia?

No habló nadie, ni siquiera Pierre. Julius dijo:

—Entonces podéis iros. —Hizo una pausa—. Esta ha sido la última vez que nos reunimos todos, constituyendo una asamblea así, hasta que hayamos completado nuestra labor. Lo único que diría para acabar ya lo he dicho. Que nos enfrentamos a algo tremendo y temible, pero no debemos permitir que nos asuste. Podemos conseguirlo. Sin

embargo, solo lo podemos conseguir si cada uno da todo cuanto tiene. Ahora id y que Dios sea con vosotros.

Mis instrucciones me las dio Julius en persona. Tenía que viajar hacia el sureste, haciéndome pasar por comerciante; llevaría un caballo de carga, debía ganar adeptos, sembrar la resistencia y volver a presentarme en este centro.

Julius preguntó:

—¿Está claro para ti, Will?

—Sí, señor.

—Mírame, Will —alcé la vista y él comentó—: Creo que aún estás dolido, muchacho, por algunas cosas que dije después de que refirieras tu relato a la asamblea.

—Me doy cuenta de que lo que usted dijo es cierto, señor.

—Pero eso no hace más llevadero ver que, después de haber hecho un relato lleno de valor, habilidad y grandes esfuerzos, alguien lo pinta de un color algo distinto.

No respondí.

—Escucha, Will. Lo que hice lo hice con un objetivo. Las metas que nos imponíamos han de ser ambiciosas, hasta rozar lo imposible. Así que utilicé tu historia para extraer una moraleja: que el descuido de un solo hombre puede destruirnos a todos; que lo suficiente no es nunca suficiente; que no hay lugar para la complacencia por mucho que se haya logrado, porque siempre queda algo por lograr. Pero ahora puedo decirte que lo que hicisteis tú y Fritz fue de un enorme valor para todos nosotros.

Dije:

—Fritz hizo más. Y no regresó.

Julius asintió.

—Es algo que has de sobrellevar. Pero lo que cuenta es que uno de vosotros ha vuelto, que no hemos perdido un año del escaso tiempo que tenemos. Todos hemos de aprender a vivir con nuestras pérdidas y a convertir nuestras lamentaciones en acicates de cara al futuro. —Me puso la mano en el hombro—. Porque te conozco puedo decir que obraste bien. Lo recordarás, pero recordarás mis críticas con más claridad y durante más tiempo. ¿No es verdad, Will?

—Sí, señor —dije—. Así lo creo.

Nosotros tres (Henry, Larguirucho y yo) nos reuníamos en un lugar que habíamos encontrado y que tenía una fisura en la parte alta de la roca, a través de la cual se filtraba una débil luz diurna, lo justo para que pudiéramos distinguir nuestros rostros sin necesidad de luces. Estaba un tanto alejado de las zonas de las cuevas destinadas a uso general, pero nos gustaba ir allí porque nos recordaba que el mundo exterior, que normalmente solo se entreveía cuando estábamos de guardia en un punto determinado, existía de verdad; que en algún lugar había luz, viento y cambios atmosféricos en lugar de la oscuridad estática y el rumor, murmullo o goteo del agua subterránea. Un día en que debía haberse desatado en el exterior una violenta tormenta, atravesó la grieta un poco de agua, filtrándose hasta nuestra cueva. Volvimos los rostros hacia allí, disfrutando de la fría humedad y creyendo reconocer el olor de los árboles y la hierba.

Henry dijo:

—Tengo que atravesar el océano occidental. Nos lleva el capitán Curtis, en el *Orión*. Despedirá

a su tripulación en Inglaterra, exceptuando al que lleva placa falsa, como él: ellos dos navegarán hasta un puerto situado en el occidente francés, donde nos uniremos a ellos. Somos seis. La tierra a la que nos dirigimos se llama América y allí la gente habla la lengua inglesa. ¿Y tú, Will?

Les conté brevemente. Henry asintió; era evidente que pensaba que la suya era una misión mejor y más interesante. Yo estaba de acuerdo con él en eso; pero tampoco me importaba mucho.

Henry dijo:

—¿Y tú, Larguirucho?

—No sé adónde iré.

—Pero seguramente te habrán destinado.

Asintió.

—A la base de investigación.

Era lo que cabía esperar. Evidentemente necesitaban que gente como Larguirucho experimentara para preparar el ataque contra los amos. Pensé que esta vez se disgregaba de verdad el trío original. No parecía importar mucho. Mi pensamiento estaba puesto en Fritz. Julius tenía toda la razón: de lo que había dicho yo recordaba sus críticas y, al

recordarlas, me sentía avergonzado. De haber tenido una semana o así para prepararnos, podríamos haber escapado los dos. Fue mi falta de cuidado lo que precipitó las cosas, haciendo que Fritz quedara atrapado. Era un pensamiento amargo, pero ineludible.

Los otros dos hablaban y yo me conformaba con que así lo hicieran. Al cabo lo advirtieron. Henry dijo:

—Estás muy callado, Will. ¿Algo va mal?

—No.

Insistió:

—Últimamente siempre estás callado.

Larguirucho dijo:

—Una vez leí un libro sobre esos americanos a cuya tierra te diriges, Henry. Al parecer tienen la piel roja, van adornados con plumas, llevan una especie de hacha, tocan el tambor cuando van a la guerra y fuman en pipa cuando quieren estar en paz.

Generalmente Larguirucho estaba demasiado interesado por los objetos (cómo funcionaban o cómo se les podía hacer funcionar) como para

prestar mucha atención a la gente. Pero comprendí que se había percatado de mi pesadumbre y averiguado la causa de la misma (después de todo había compartido conmigo la vana espera en las afueras de la Ciudad y el viaje de vuelta), y estaba haciendo lo posible por evitar que Henry hiciera preguntas y que yo pensara. Me sentí agradecido por eso y por las tonterías que decía.

Antes de poder irme tenía que hacer muchas cosas. Me instruyeron sobre las actividades de un vendedor ambulante, me enseñaron algo de los idiomas que se hablaban en los países que iba a visitar, me dieron consejos sobre cómo establecer células de resistencia y lo que tenía que decirles cuando me marchara. Todo lo registraba escrupulosamente, decidido a no cometer fallos esta vez. Pero mi melancolía no desaparecía.

Henry se fue antes que yo. Se fue muy animado, con un grupo en el que estaba Tonio, que fue mi pareja de entrenamiento y mi rival antes de que partiéramos para los Juegos del Norte. Estaban todos muy contentos. Al parecer todos los de las

cuevas lo estaban menos yo. Larguirucho trató de animarme, pero sin éxito. Entonces Julius me mandó llamar. Me echó un sermón sobre la futilidad de la autorrecriminación y lo importante que era que yo comprendiese que la única lección válida que se podía extraer del pasado era dar con el modo de evitar errores similares en el futuro. Yo escuché y asentí cortésmente, pero aquel oscuro estado de ánimo no desaparecía. Entonces dijo:

—Will, estás llevando esto equivocadamente. Eres una persona que no soporta con facilidad las críticas, y tal vez las que tú mismo te haces menos que las de los demás. Pero al mantenerte en un estado de ánimo así estás menos capacitado para hacer lo que el Consejo quiere que hagas.

—Yo realizaré mi tarea, señor —dije—. Y esta vez lo haré bien, lo prometo.

Hizo un gesto negativo con la cabeza:

—No estoy seguro de que esa promesa sirva de algo. Sería distinto si tuvieras el carácter de Fritz. Sí, hablaré de él, aunque te duela. Fritz era melancólico por naturaleza y era capaz de sobrellevar su propia pesadumbre. No creo que ocurra otro tanto

contigo, que eres sanguíneo e impaciente. En tu caso el remordimiento y el desánimo podrían ser un estorbo.

—Haré cuanto pueda.

—Ya lo sé. Pero ¿basta con lo que puedas? —Me miró, escrutándome lentamente—. Tenías que salir de viaje dentro de tres días. Creo que debemos retrasarlo.

—Pero, señor...

—No hay peros, Will. Ya lo he decidido.

Respondí:

—Estoy preparado ya, señor. Y no podemos perder tiempo.

—Eso encierra un cierto desafío, así que no se ha perdido todo. Pero ya se te está olvidando lo que dije en la última asamblea. No podemos permitirnos movimientos en falso, ni planes ni gente insuficientemente preparados. Te quedarás aquí un tiempo más, muchacho.

Creo que en aquel momento odié a Julius. Incluso cuando superé esto, me sentía amargamente resentido. Veía marchar a otros y me consumía en medio

de la inactividad. Los días pasaban, oscuros, sin sol, cansinamente. Sabía que tenía que cambiar de actitud, pero no podía. Lo intenté, procurando revestirme de una falsa alegría, aunque sabía que no engañaba a nadie y menos a Julius. Sin embargo, por fin, Julius volvió a mandarme llamar.

Dijo:

—He estado pensando en ti, Will. Creo que he encontrado una respuesta.

—¿Puedo irme, señor?

—¡Espera, espera! Como sabes, algunos vendedores ambulantes viajan por parejas, para tener compañía y para proteger mejor sus mercancías de los ladrones. Podría ser una buena idea que tuvieras un compañero.

Estaba sonriendo. Nuevamente irritado, dije:

—Estoy bastante bien a solas, señor.

—Pero si se tratara de ir con otro o de quedarse, ¿qué escogerías?

Era mortificante pensar que no me consideraba apto para salir solo. Pero no había más que una respuesta posible. Dije, no exento de mal humor:

—Lo que usted decida, señor.

—Eso está bien, Will. El que se va contigo... ¿quieres conocerlo ahora?

Lo vi sonreír a la luz de la lámpara. Contesté, muy estirado:

—Supongo que sí, señor.

—En ese caso... —su mirada se dirigió hacia las sombras oscuras del límite de la cueva, donde una hilera de columnas de caliza formaban una cortina de piedra—, puedes salir.

Se acercó una figura. Me quedé mirando fijamente, pensando que me debía engañar la oscuridad. Era más fácil no dar crédito a mis ojos que aceptar que alguien hubiera regresado de entre los muertos.

Porque era Fritz.

Después me contó todo lo que pasó. Cuando me vio zambullirme en el río que salía de la Ciudad por debajo de la Muralla de Oro, regresó y borró mis huellas, como dijo que haría, difundiendo la historia de que yo había encontrado a mi amo flotando en el estanque y me había ido directamente al lugar de la Liberación Feliz, no deseando vivir

después de la muerte de mi amo. Creyeron aquello y él se dispuso a intentar seguirme y salir. Pero las penalidades que había padecido, junto con los esfuerzos extraordinarios de la noche que habíamos pasado buscando el río, causaron estragos. Tuvo un segundo desfallecimiento y por segunda vez lo llevaron al hospital de esclavos.

Estaba acordado que, si yo salía, debía esperarle tres días. Transcurrió un tiempo superior antes de que se encontrara en condiciones siquiera de levantarse de la cama, y consecuentemente pensó que me habría ido. (De hecho, Larguirucho y yo esperamos doce días antes de que la desesperación y la llegada de la nieve nos obligaran a partir, pero Fritz no podía saberlo). Al creer esto empezó, como era típico en él, a pensar de nuevo en todo el asunto, lenta y lógicamente. Calculó que sumergirse en el agua para salir por el desagüe de la Ciudad debía de ser difícil (yo hubiera muerto de no encontrarse Larguirucho a mano para rescatarme del río), y conocía lo débil de su condición. Necesitaba reunir fuerzas, y el hospital le ofrecía la mejor oportunidad para hacerlo. Mientras estuviera

allí, podría evitar las palizas y las duras tareas que normalmente le imponían. Por supuesto debía tener cuidado de no levantar la sospecha de que pensaba de modo distinto a los demás esclavos, lo cual significaba que debía calcular cuidadosamente el tiempo que podía quedarse. Lo alargó una quincena, fingiendo, cara a los demás, una debilidad que aumentaba en lugar de disminuir a medida que pasaban los días; y entonces, apesadumbrado, dijo comprender que ya no podía seguir sirviendo a su amo como es debido, y por tanto debía morir. Abandonó el hospital avanzado el día, dirigiéndose hacia el lugar de la Liberación Feliz; halló un lugar donde ocultarse hasta la caída de la noche y después se encaminó hacia la Muralla y hacia la libertad.

Al principio todo fue bien. Emergió del río una noche oscura, nadó cansadamente hasta la orilla y se fue hacia el sur, siguiendo la ruta que habíamos tomado nosotros. Pero le llevábamos una ventaja de dos días y se retrasó todavía más cuando un resfriado febril le obligó a estar echado varios días, sudando y sin comer, en un granero. Seguía

encontrándose desesperadamente débil cuando reemprendió el camino y no mucho después una enfermedad más seria le obligó a detenerse. Esta vez, afortunadamente, lo encontraron y cuidaron de él, pues tenía pulmonía; habría muerto de no recibir atención. Lo acogió una señora. Unos años antes su hijo se convirtió en vagabundo cuando le insertaron la placa. Por eso se ocupó de Fritz.

Por fin, cuando se sintió bien y con fuerzas, se escapó y continuó el viaje. Encontró las Montañas Blancas azotadas por las ventiscas y se vio obligado a esconderse algún tiempo cerca de los pueblos de los valles antes de poder abrirse camino penosamente entre la espesa nieve. En el Túnel le dio el alto el único vigía que Julius dejó por si acaso. El vigía lo condujo a las cuevas aquella mañana.

Todo esto me lo dijo después. En el momento de nuestro encuentro, me limité a mirarle, incrédulo. Julius dijo:

—Espero que tú y tu compañero os llevéis bien. ¿Qué te parece, Will?

De pronto me di cuenta de que estaba sonriendo como un idiota.